

La compasión, estado del alma

Conversaba el otro día con un empresario joven -que no es socio de ACDE pero sí su empresa- y me habló apasionadamente de la urgencia de avivar la sensibilidad social en el corazón de los empresarios, y de acrecentar el amor incondicional al ser humano, sobre todo a aquellos que sufren, que padecen cualquier necesidad. Me comentaba todo esto a propósito de la actual crisis económica. Mientras le escuchaba se me ocurrió hablarles hoy de la compasión como estado del alma ; porque sin ella no brota en el alma la sensibilidad social.

El término "compasión" no pertenece habitualmente al vocabulario empresarial. Tampoco suele ser frecuente en las conversaciones de la gente. Se le reserva generalmente al ámbito religioso. Allí sí se habla del "Dios compasivo"; el creyente, en momentos de aflicción, ruega a Dios, clamando: "¡Señor, ten compasión de mí!". Jesús de Nazaret se sintió, a menudo, embargado por la compasión; "sintió compasión", nos dicen muchas veces sus testigos. Ahondemos brevemente en qué es la compasión.

Comienzo por la dialéctica espiritual de la compasión. Ésta tiene tres momentos sucesivos, concatenados entre sí, a saber: la mirada, el sentimiento de compasión y el gesto solidario . Esta dialéctica aparece descrita claramente en la primera multiplicación de los panes, realizada por Jesús (Mc 6, 30-44). En primer lugar, la mirada : Jesús "vio mucha gente". Para sentir compasión es preciso, ante todo, saber mirar. No sirve la mirada distraída o superficial que se queda en la periferia de las cosas, de los seres, sin penetrar en su misterio. Esta manera de mirar no desencadena ulteriormente nada interesante -nada que interese-, ni compasión ni nada que conmueva al alma. Es la mirada del que aun mirando no ve, la mirada de los "ojos que no ven, corazón que no siente"; la mirada del sacerdote y del levita de la parábola del buen samaritano que vieron sin mirar (Lc 10, 29-37). La mirada del Samaritano, sin embargo, fue compasiva. En segundo lugar, el sentimiento de compasión : "sintió compasión de ellos pues estaban como ovejas sin pastor". De él quiero hablarles. Y finalmente, el gesto solidario : "y se puso a enseñarles muchas cosas...comieron todos y se saciaron".

¿Qué es la compasión? A menudo se la identifica con un sentimiento efímero de lástima o pena, un simple lamento que no compromete a nada; una conmiseración superficial que no trasciende la esfera de lo emotivo.

Hace unos meses quise descubrir con mayor profundidad la entraña de la compasión. Tenía que dar unas charlas acerca de ella. Entre otras lecturas, recurrí -como fiel dominico- a Santo Tomás de Aquino. Les cuento lo que descubrí. Lo primero de todo fue que en el lenguaje teológico misericordia y compasión vienen a ser lo mismo.

Acerca de la compasión, Santo Tomás escribe: "La misericordia es la compasión que experimenta nuestro corazón ante la miseria de otro, sentimiento que nos compele, en realidad, a socorrer, si podemos". Y, luego, añade: "Son aún más dignos de compasión los males que contradicen en todo a la voluntad. Es el caso de quien buscó siempre el bien y sólo le sobrevienen males. Por eso dice también el Filósofo [Aristóteles] en el mismo libro que la misericordia llega a su extremo en los males que alguien sufre sin merecerlos". Y, en otro lugar, afirma: "La misericordia [compasión] es una especie de tristeza por el mal presente que arruina y entristece".

Entonces, ¿a qué involucra la misericordia-compasión?

"Siente misericordia -dice Santo Tomás- quien se duele de la miseria de otro. Ahora bien, lo que nos entristece y hace sufrir es el mal que nos afecta a nosotros mismos, y en tanto nos entristecemos y sufrimos por la miseria ajena en cuanto la consideramos como nuestra". Ello -sigue diciendo- acontece "por la unión afectiva producida por el amor. Efectivamente, quien ama considera al amigo como a sí mismo y hace suyo el mal que él padece. Por eso se duele del mal de amigo como si fuera propio [...] Otro modo es la unión real que hace que el dolor que afecta a los demás esté tan cerca que de él pase a nosotros".

Concluyendo : El sentimiento (el padecimiento o la pasión, pathos) de la compasión no es un sentimiento superficial, un simple lamento transitorio, afectuoso, sin mayor huella que un sentimiento efímero de lástima, pena o pesar por el mal ajeno. Es, más bien, un padecimiento personal de honda tristeza, de aflicción, pesadumbre y dolor por la miseria y sufrimientos ajenos, porque los consideramos como propios. La compasión no es una discreta simulación, sino un padecimiento personal porque -a semejanza de Dios- Dios no tiene misericordia sino por amor, al amarnos como algo suyo. La compasión sólo brota de un fuerte amor a los demás.

Pensando en ACDE. ACDE ha de ser -a mi entender- ante todo y sobre todo, una comunidad de personas con ojos abiertos que se atreve -y se compromete- a mirar los rostros de los uruguayos y uruguayas que acuden cada día a la empresa; a los que viven en los barrios diversos de la ciudad o en el campo con sus rostros concretos. Una ACDE sin mirada o que se mirara, sobre todo, a sí misma carecería de sensibilidad social; sería una ACDE frívola, sin razón de ser. Nuestra ACDE ha de ser una comunidad que ha obtenido la pericia de saber mirar e interpretar los rostros uruguayos, y dejarse comprometer por ellos. Reconozco que hay que tener mucha valentía para llevar a cabo este ejercicio, porque hay rostros que uno prefiere no mirar.

ACDE se ha de sentir conmovida, hasta sentir tristeza, por los males ajenos, sentidos como propios. Para experimentar la compasión se precisa mucho amor, tanto como para lograr identificarse con el otro, para amar al prójimo como a uno mismo. ACDE -para ser fiel a sí misma- debería ser una comunidad que, comprometida por su letra "C", se ejercita continuamente en el aprendizaje de saber amar. Sin este amor ACDE no podría ser reconocida como cristiana. Las actividades y eventos de ACDE sin amor no son nada, si es que creemos las advertencias del Apostol Pablo a los cristianos de Corinto (I Co 13). La compasión es la garantía de veracidad de nuestro servicio a la comunidad.

Finalmente, ACDE ha de continuar ofreciendo a la comunidad empresarial uruguaya sus gestos solidarios empresariales, nacidos de su mirada y de su experiencia de compasión. Estoy convencido de que el alma que ha de animar todas nuestras actividades, dentro de casa y fuera de ella, ha de ser la compasión. Otras motivaciones falsificarían nuestro servicio.

Nada más. Sólo desearles con fuerza ahondar en esta fibra cristiana del alma de ACDE, la compasión. Es lo que yo mismo me he comprometido alcanzar en mi vida y trabajos para lograr vivir mi vida con sentido. Y reconozco que no es fácil.

Fray Luis Carlos Bernal, op

Montevideo, 8 de octubre de 2008